

que dirigía el doctor Estapé. Una bien perfilada barba de candado, un correcto aliño indumentario y un aire «algo distraído pero siempre atento» le daban una imagen decididamente profesoral y, por qué no decirlo, bastante cosmopolita.

En las primeras clases del curso que tenía encomendado nos explicaba los fundamentos, el «concepto y método» de la asignatura, y luego, entrando en materia, «los modelos de decisión de política económica que había puesto de moda el holandés Jan Tinbergen». Uno de aquellos beneméritos maestros nacionales gracias a los cuales pude estudiar el bachillerato me decía, visitándolo en su casa, años después de haberse jubilado y estando yo a punto de licenciarme, que había al menos dos procedimientos, pedagógicamente comprobados, para fijar las ideas en la retentiva de los alumnos por más refractarias que fueran sus entendederas: exagerarlas mucho o repetir las mucho. Trasladada a los estudios superiores esta fórmula significaba que, para hacerlos «permanentes e inmediatos», los saberes transmitidos debían, o bien asombrar, o bien convencer.

Cuando el profesor Jordi Nadal, de sopetón, en frío, dijo aquello de que Teresa de Jesús era «una auténtica marrana» y abrió después una larga pausa, dio un ejemplo memorable de la utilización del factor sorpresa. Nadie de los asistentes a aquella clase olvidará nunca que, al margen de sus desconocidos hábitos higiénicos, la santa de Ávila provenía de una familia de judíos conversos. Poco amigo de la hipérbole, la paradoja, o el golpe de efecto, Jacinto Ros, por el contrario, practicaba la persuasión como forma de enseñanza. Su discurso, de ritmo pausado, estaba hecho de oraciones más bien largas correctamente construidas y cosidas entre sí, sin meandros ni digresiones, por el hilo de la argumentación. A lo largo de los años le he oído hablar en público muchas veces —oposiciones, presentaciones, coloquios, conferencias, mesas redondas, ...— y he comprobado que su flemático estilo oratorio, llamémoslo así, apenas ha cambiado.

Impartió sus clases dos o tres lecciones que me parecieron muy ilustrativas. Una, lo difícil que resulta formular leyes económicas con el debido rigor científico. El apócrifo profesor Juan de Mairena ya nos dejó dicho que «lo corriente en el hombre es la tendencia a creer verdadero cuanto le reporta alguna utilidad» y don Santiago Ramón y Cajal aseguraba que hay una evidente «relación crematístico-dialéctica» entre la cantidad de dinero que

se posee y las opiniones que se sustentan. Añadía, con irónico escepticismo, que las curiosas excepciones a esta regla le parecían algo propio de «hipócritas elegantes» ya que, después de todo, «¿qué pierden con simular generosidad y altruismo sabiendo que eso del reparto va para largo?». El escritor Agustín de Foxá ilustró muy bien, poniéndose él mismo de ejemplo, la densa relación existente entre la ideología y las circunstancias materiales. Cuando le preguntaron por qué alguien tan inteligente como él manifestaba un pensamiento tan de derechas, replicó que le era imposible evitarlo puesto que era millonario, diplomático y gordo. No obstante, también sabíamos que dos grandes economistas, Ricardo y Malthus, habían demostrado con sus respectivas doctrinas la posibilidad de efectuar un análisis económico no condicionado por el provecho personal. El primero de ellos, hombre rico y, al cabo, un gran terrateniente, se oponía a los intereses de esa clase social, mientras que Malthus, que ni había cobrado nunca una renta agraria ni esperaba cobrarla, se colocaba al lado de los propietarios que sí la percibían.

En cualquier caso, lo cierto es, como muy bien decía Ortega, que «las ideas se tienen, en las creencias se está» y se está tan unidos a ellas «que cabe decir que las somos»; las primeras aparecen como resultado de la ocupación intelectual, «las segundas operan ya en nuestro fondo cuando nos ponemos a pensar en algo». En el prólogo del primero de sus libros, el relativo a las cajas de ahorro, Jacinto Ros dice de otra forma algo parecido y más pegado al terreno: «Es casi imposible que los juicios de valor propios del autor no influyan en el enfoque, método y conclusiones, tratándose de ciencia social». Siendo así que, aun cuando las proposiciones sean rigurosas, aquellos juicios van a influir en la elaboración de nuestros argumentos, resultará obligado, si se quiere mantener la debida honestidad intelectual, hacerlos explícitos, o como él dice, confesarlos «y revelar al usuario quiénes somos». Es una reflexión que ha repetido en todos sus libros sin omitirla en el que por ahora es el último, «per seguir la proposta de no enganyar el receptor/lector el millor és expressar la ideologia socioeconòmica de bell inici».

Otra de las cosas que remachó en sus clases y se me quedaron es que, por más consistentes que sean las relaciones entre los fines que se quieren alcanzar y los medios puestos en juego para lograrlos, todas las medidas de política económica, todas, provocan, además de los efectos buscados, otros no pretendidos, muy a menudo insatisfactorios o conflictivos. Dicho de otro

modo, las políticas públicas, incluso las que parecen más asépticas, tienen inevitablemente ganadores y perdedores, beneficiarios y perjudicados, por lo que, la pretensión de reducir las actuaciones económicas de las administraciones a una mera gestión técnica dictada por el sentido común para hacer lo que hay que hacer —y, además, como Dios manda—, se revela una sandez, cínica sinvergonzonería o ambas cosas.

Uno de sus últimos días como profesor de aquel curso en lugar de impartirnos la clase que esperábamos nos sorprendió con un examen «por escrito» que, al no haber sido anunciado de antemano, nadie había podido preparar. Recordando este suceso pienso que aquel bisoño profesor tal vez pretendía, por una parte, medir el espesor de los conocimientos realmente sedimentados por sus alumnos, los saberes persistentes que decía mi maestro, por otra, calibrar su propia competencia para comunicarlos. Es una conjetura a la que cuantas más vueltas le doy más verosímil me parece.

El curso siguiente comenzó con un acontecimiento dramático: la mudanza de la facultad a la Escuela de Altos Estudios Mercantiles, al final de la Diagonal. Para mí, que había ido saltando de pensión en pensión hasta encontrar la ideal y definitiva en la calle Elisabets, aquello fue una calamidad sin paliativos.

Abandonamos la Universidad Central, con su entrañable patio de letras por el que entrábamos a las aulas y salíamos al jardín y el oscuro bar subterráneo de columnas achaparradas y aspecto de «refectorio conventual», donde Carlos Barral, de quien saco la cita, situaba «el verdadero campus... el núcleo irradiante de aquella docta casa». A mi entender, exageraba, igual que lo hace cuando llama «*vol au vent* de ternera» al «pepito» de lo mismo que servían allí. Como digo, cambiábamos todo eso por un edificio bunkerizado del extrarradio, alrededor del cual no había más lugares de diversión dignos de tal nombre que un canódromo al que se le veía bastante fatigado. Supongo que Jacinto Ros había emprendido ya «el desafío profesional» que le supuso dejar la universidad para entrar en el campo de la economía urbanística, pues nunca le vi por aquellos bienestantes pero insulsos parajes.

Volví a encontrarlo, recién licenciado, en 1964. Andaba yo a la quinta pregunta cuando mi compadre Andrés García de la Riva dio el soplo de que en la Comisión Mixta de Estadística del Área Metropolitana de Barcelona —

ese era el pomposo nombre de dicho organismo— buscaban economistas «por horas» para ciertas labores. Me dirigí inmediatamente al lugar indicado, un caserón en la Puerta del Ángel, y me presenté al coordinador del equipo de trabajo al que aspiraba incorporarme —que no otro que Ros— y en el que fui admitido casi sobre la marcha. Básicamente, nuestra tarea consistía en determinar el número de empresas y de trabajadores en cada uno de los municipios y áreas urbanas del Área Metropolitana, siguiendo los criterios del Instituto Nacional de Estadística (INE) acerca de la clasificación de actividades económicas. Resultó muy llamativo descubrir el gran número de negocios de todo tipo establecidos en el hoy llamado *barrio del Raval*, conocido entonces a efectos burocráticos con el nombre más novelesco y cinematográfico de distrito v. Al poco, Antoni Montserrat me presentó a Wifredo Espina, y éste me facilitó la publicación de algunos artículos en el *Correo Catalán*. Gracias a esa afortunada carambola a dos bandas —comisión y *Correo*— conseguí, durante los meses de espera que tenían que mediar entre el fin de la carrera y las prácticas en las Milicias Universitarias, una precaria pero menos que indigente autosuficiencia económica. Tanto al amigo Ros como al amigo Montserrat, que seguramente lo habrá olvidado, les sigo agradeciendo el favor que me hicieron.

Al cumplir mis obligaciones castrenses, que dado mi escaso ardor guerrero realicé en el Cuerpo de Intendencia —«siempre será mejor que nos estalle un panecillo que un obús», me decía un filósofo conmitón, también economista y de los buenos—, regresé a Barcelona a sentar la cabeza, buscar un empleo de verdad y hacerme, como se decía entonces, un hombre de provecho. Ni que decir tiene que el primero al que acudí en busca de ayuda o, al menos, de orientación y consejo fue a Jacinto Ros. No tuve necesidad de dirigirme a nadie más pues dándome la gran alegría que cualquiera puede suponer me propuso trabajar con él en el Gabinete de Programación del Departamento de Urbanismo del Ayuntamiento. Naturalmente, cogí su oferta al vuelo —la ocasión es un ave rara, de cabeza implume, que solo pasa una vez— y a los pocos días inicié mis tareas en la correspondiente sección de aquel gabinete. El lugar de trabajo era una sala larga y estrecha situada en las mansardas del consistorio a la que se accedía recorriendo un prolijo laberinto de corredores y escaleras. El primer día tardé en encontrarla. Trabajábamos allí cinco técnicos, uno de ellos Pasqual Maragall, condiscípulo en la facultad, de la promoción anterior a la mía, al que había tratado superficialmente. Es

sabido que todos los estudiantes miran con suficiencia a los alumnos de los cursos siguientes al suyo. Al poco de incorporarme conocí al sociólogo Lluís Carreño, también técnico del gabinete, instalado, al igual que Jacinto Ros, en otro despacho con más empaque.

Con Maragall y Carreño pasé muy pronto del estado de compañero al de compañero y sin embargo amigo, con Ros empecé a forjar una amistad de acero inoxidable. Además de por nuestra obligada relación laboral —era él quien dirigía y revisaba mi trabajo—, nos veíamos muchos fines de semana, siempre, eso sí, antes de la hora de comer. En más de una ocasión nos reunimos en La Pansa, el desaparecido e irreplicable salón de la plaza de España, para asistir a las pruebas ciclistas que se celebraban en Montjuïc, deporte al que era muy aficionado y del que lo sabía todo. Otras veces íbamos al Mercado de San Antonio, él a comprar algunos libros y yo algunos libros y muchos cómics, que todavía se llamaban *tebeos*, rematábamos la faena en el Bar Amigó con un vermú. También concurrimos en alguna ocasión a aquellos indescriptibles concursos para aficionados que se celebraban todas las mañanas de domingo en la Bodega Apolo, la mejor cantera de cantantes de copla de todo el Paralelo.

La retribución de los técnicos del gabinete era bastante decente y Pasqual Maragall y yo adoptamos la costumbre de celebrar el día de cobro —*carpe diem!*— en un buen restaurante de la Barceloneta. En una sobremesa me confesó que, para él, no había en el mundo mundial ningún cargo comparable al de la alcaldía de Nueva York, la más grandiosa y genuina polis contemporánea. Treinta años más tarde, siendo ya el mejor alcalde de cuantos ha tenido Barcelona, participó en una mesa redonda organizada por el «Club de Debate», un círculo informal de militantes y simpatizantes madrileños del Partido Socialista. Comenzó su intervención con un canto a las grandes ciudades que me recordó mucho al que tanto tiempo atrás me había hecho en Can Costa y acabó defendiendo con «tranquila convicción» la tesis de que la mejor manera de avanzar hacia una confederación europea era la de crear primero una tupida red transnacional de alianzas y conexiones entre aquellas urbes. De esta forma, el sentimiento europeísta se difundiría con rapidez entre los ciudadanos urbanos y luego al resto de la población.

El trabajo que yo efectuaba en la sección del gabinete a la que estaba destinado se aproximaba mucho al que Jacinto Ros entendía como uno de

los más característicos del oficio del economista. Esto es, proporcionar a los políticos —léase al alcalde Porcioles y a su equipo— la información suficiente «para llegar a un planteamiento sólido de las elecciones a realizar y de sus respectivas implicaciones y exigencias». En sus *Pàgines viscudes*, él mismo explica con cierto detalle los procedimientos utilizados para concretar, pasando de las musas al teatro, la magnitud, medida en términos físicos y económicos, de los déficits en infraestructuras y equipamientos urbanos. Llegados a este punto me parece obligado aclarar que, aunque mi jefe de entonces se empeña en atribuirme la invención del *metrocal*, lo cierto es que la responsabilidad de la ocurrencia —fruto, sin duda, de algún efervescente *brainstorming*— es tanto suya como mía y debemos, por tanto, compartirla *ex aequo*. Hay que saber también que, por causas ajenas a nuestra voluntad, de las que pronto se dará razón, no pudimos llegar a comprobar la utilidad del ingenio, si bien la hoja de ruta para su puesta en marcha se encontraba completamente detallada. Consistía, en resumen, en obtener una muestra aleatoria y representativa de las vías urbanas recientemente remozadas, de precisar el nivel de calidad inicial y final de cada una de las calles seleccionadas y, del coste que había supuesto pasar de uno a otro. El cociente entre el importe global de estas inversiones y el valor agregado de las ganancias de «metrocales» —suma de los productos de cada superficie implicada y su respectivo salto de calidad— proporcionaba un indicador tosco pero práctico del coste estándar que suponía aumentar en un punto la calidad de un metro cuadrado de vía urbana. Obviamente, el valor de este indicador —no era más que eso— tenía que ser actualizado periódica y sistemáticamente para que sirviera de algo.

A pesar de quedarse a medias, el éxito de esa novísima unidad de medida, a la que estuvimos cerca de ponerle el precio, fue apoteósico. El director del departamento, Antonio Carceller —excelente persona, «bon especialista en dret administratiu... amb un tracte eficaç i prou obert o inclús lliberal amb els seus empleats»— quedó entusiasmado. Lo mismo ocurrió con el alcalde y hasta con el ministro de la Gobernación, el general Alonso Vega, que, casualmente, se encontraba de visita en Barcelona. Jacinto Ros siempre ha llevado con incomodidad el hecho de que siendo nosotros relativamente progres nuestras propuestas fueran tan bien acogidas por los jefes del Régimen. No quisiera añadir leña al fuego, pero quién sabe si las cosas no llegaron a ser aún peores. No es del todo impensable que siendo Don Camilo

un miembro conspicuo de la camarilla del Pardo llevara a esa corte la «bona nova» del *metrocal*. De cosas más raras debieron conversar aquellos cofrades.

El gabinete vivía en aquella época, por lo que a reconocimiento y prestigio se refiere, un momento estelar. Su continuidad estaba completamente asegurada al igual que lo estaba la estabilidad del equipo, pues el Ayuntamiento había convocado la provisión inmediata de un cierto número de plazas para técnicos que, teniendo en cuenta las bases de la convocatoria y los méritos exigidos a los opositores, Ros, Carreño y Maragall tenían absolutamente aseguradas. Sin embargo —*sic transit gloria mundi*—, a los pocos días, tanto ellos como yo estábamos fuera de allí o a punto de irnos. El suceso causante de aquel precipitado éxodo fue *la Caputxinada*; no creo necesario explicar de qué se trata, pero, en todo caso, los que ignoren de qué estamos hablando pueden enterarse entrando en la red.

De acuerdo con la información que proporciona Wikipedia, asistieron a aquella asamblea en el convento de los capuchinos de Sarriá, convertida muy pronto en un encierro, más de quinientos estudiantes, dos sacerdotes, tres observadores extranjeros, siete periodistas y treinta y tres «intelectuales de prestigio», entre los que se contaban Manuel Sacristán, Ernest Lluch, Solé Tura y... Lluís Carreño. A este grupo, considerado el de los peligrosos cabecillas del contubernio, se les represalió minuciosamente, y así a Carreño, además de las generales de la ley y de las disposiciones reglamentarias —ficha policial, multa pecuniaria y retirada del pasaporte—, se le añadió la torna de quedar excluido de la convocatoria para técnicos, de la que he hablado hace un momento.

Los acontecimientos se produjeron en una semana radiante de mediados de marzo en la que Barcelona esperaba la llegada de la primavera con los brazos abiertos. El mismo día en que conocimos aquel veto, Jacinto Ros me invitó a tomar el café en su casa. Cuando llegué, Maragall ya estaba allí y al poco acudió Carreño. Supe entonces que, en solidaridad con este último, él y Maragall habían decidido no presentarse tampoco a la convocatoria. Fue por eso por lo que renunció a un empleo cómodo y vitalicio en el Ayuntamiento de Barcelona, fue ese el verdadero motivo por el que como dice Jordi Bacaria «*cremà les naus per anar cap a una nova aventura*» y le obliga, por descontado, a buscar otra ocupación. Parafraseando a Borges, podríamos decir que hay una cosa de la que jamás se arrepiente un hombre y es la de

haber hecho lo que creía que debía hacer. ¡Ah! el deber, ya se sabe, «eso que normalmente exigimos a los demás». Jacinto Ros cumplió con el suyo y le fue bien. Al poco de dejar el Ayuntamiento estaba en Madrid, empleado en el Instituto Español de Moneda Extranjera (IEME) y había reanudado su carrera académica de la mano y en la cátedra, Teoría Económica, de Luis Ángel Rojo. Mantuvo su domicilio en Barcelona al que regresaba casi todos los fines de semana y nos veíamos muchos de ellos.

Por lo que a mí respecta me moví con rapidez y tuve mucha suerte. Enterado de que Catalana de Gas y Electricidad buscaba un titulado para su Departamento de Inversiones, me presenté enseguida, superé las pruebas de admisión y el primero de abril, apenas quince días después de *la Caputxinada*, empecé a trabajar en la compañía. En la Barcelona de aquellos tiempos prodigios así todavía eran posibles.

El mismo día en que firmé, a primerísima hora de la mañana, mi contrato laboral con Catalana me dirigí al gabinete, recogí mis escasos bártulos y fui a ver al director del departamento, señor Carceller, para comunicarle que renunciaba a mi trabajo y que, al salir de allí, en lugar de volver a mi mesa en la mansarda, me iría a ocupar la de mi nuevo empleo. Me recibió inmediatamente y antes de que le expusiera el objeto de mi visita hizo un gran elogio de mi pueblo, Monzón, por el que había pasado recientemente. Cuando acabaron las alabanzas y pude al fin decirle lo que le venía decir, vi que pasaba del asombro a la confusión y de esta al abatimiento. La situación se había hecho bastante difícil para los dos, sobre todo para mí, así que me despedí lo más educadamente que supe e inicié una rápida retirada estratégica. Fue entonces, aún no había llegado a la puerta por la que entraba su secretaria, cuando oí que decía para sí: «...y ahora, a ver cómo se lo digo al alcalde». Cuento esto porque en *La gota malaya* (1998), de Mauri y Uría, se hace protagonistas de la historia a Ros y Maragall y quiero deshacer el error antes de que se convierta en un hecho alternativo o en una leyenda urbana.

Mi trabajo en Catalana de Gas era profesionalmente interesante y económicamente satisfactorio y tenía, además, el valor añadido de que tres buenos amigos, Andrés García de la Riva, Constantino Gómez y Juan Angelet, trabajaban también en la empresa. Pero yo tenía gusanillo de la Administración pública y le daba vueltas a la idea de entrar en ella. Jacinto Ros conocía estos propósitos y en uno de nuestros encuentros barceloneses



me comentó que el Instituto de Crédito a Medio Largo Plazo (ICMLP), antecedente del ICO actual, iba a proveer una plaza de economista para su Servicio de Estudios, dirigido a la sazón por su buen amigo —que muy pronto lo sería también mío— Pedro Martínez Méndez. Me animó a presentarme, seguí su consejo y a finales de 1967 ocupaba un despacho en aquel instituto, nada menos que en el paseo del Prado, al costado del Banco de España y a tiro de piedra del IEME.

Desde que pisé la Villa, Jacinto Ros, que llevaba viviendo allí cerca de dos años y se movía en ella con soltura, se comportó como el perfecto introductor de forasteros. Me parece que el mismo día de mi llegada —si no sería al siguiente— me presentó a Carlos Moya, con el que, a pesar de lo destartado de las formas y de lo errático de su ejercicio, he consolidado una buena amistad, y me llevó a cenar a Le Boulevard, un restaurante mesocrático muy cercano al piso que tenía alquilado en la calle Vallehermoso, creo, alardeando de memorioso, que en el número 40. Tras ese primer contacto, la cocina madrileña, sin ser nada exaltante, me pareció que no tenía nada que ver con la que describe Josep Pla en los años republicanos anteriores a la Guerra Civil: pésima, de una monótona vulgaridad y con vinos demasiado fuertes y pastosos (todos los adjetivos son suyos).

Al trabajar tan cerca uno del otro eran muchos los días que nos poníamos de acuerdo para almorzar juntos. Nuestro lugar de encuentro era la extinta Cafetería Dólar del edificio Metrópolis, en el esquinazo donde confluyen o comienzan a separarse, según se mire, la calle de Alcalá y la Gran Vía. Desde allí salíamos a buscar un restaurante por la zona de Infantas o por la de San Jerónimo. Además de esa cafetería donde quedar, teníamos un café al que ir, no de forma continuada, pero sí con la asiduidad suficiente para entrar en la categoría de clientes conocidos, aunque, eso sí, tan irrelevantes como prescindibles. Llegué al café Gijón, una noche, como es preceptivo, en compañía de Jacinto Ros y apadrinado por su compinche museístico Arturo Alcayaga Vicuña, del que tenemos un rapidísimo retrato al minuto en las *Pàgines viscudes*. Era un chileno singular y excéntrico, miembro distinguido de la buena sociedad de Valparaíso, médico forzoso por tradición y por imposición familiar y artista reconocido que ha llevado su nombre al censo de los poetas y los pintores de su nación. El prestigioso crítico Moreno Galván hablaba muy bien de él. En mi opinión, su comportamiento era más propio de un calavera con posibles que del bohemio que quería ser. Prueba de su

señoritismo trasnochado era la irreductible resistencia a caminar por la calle llevando en las manos algo que no fuera un bastón, ni siquiera el paraguas. Mantenía una tertulia ocasional con el gallego Carlos Oroza, este sí bohemio de verdad, que se negaba a que su poesía, «delictiva y amoral», fuera domesticada por la letra impresa, pero que, finalmente, consintió en llevarla a ese «cementerio de signos» que es el libro.

Ocasionalmente, cuando a los dos les venía en gana, entablaban amigables justas poéticas en las que sustituían el tradicional «si me lees, te leo» de las peñas literarias por el «si me recitas, te declamo». Comenzaba Oroza con su clásico «Eva, évame...» y Alcaayaga respondía con «Son las viejas noches abisales...», replicaba aquel con «América pamélica...» y este contratataba con «Cuando durante nadie...». Y así, poema va, poema viene, seguía la velada hasta que nos daban las tantas. Dice José Esteban que nadie pasa por un verdadero café impunemente, crea «estilo y adicción» y produce una «melancolía tierna, una tristeza suave y un cúmulo de recuerdos y hasta de nostalgias». Debe ser cierto porque siempre que Jacinto Ros viene a Madrid propone el rito litúrgico de pasar un rato en el viejo Gijón. En su terraza cuando el tiempo es propicio, en el interior si no es así.

Ignoro si en otros países ocurre lo mismo que en el nuestro. De pronto, sin saber por qué, se impone una palabra invasora, contagiosa, alrededor de la cual durante un tiempo indeterminado gravita en buena parte del discurso intelectual. En los años finales del siglo pasado, después de la caída del muro, esa palabra fetiche, inspiradora, icónica, fue *paradigma*; cuando llego la crisis, *sistémico*, y ahora, en lugar de una tenemos tres, *oxímoron*, *relato* y *resiliencia*, que además un sintagma, ventana de oportunidad. Últimamente, *hiperventilado* está llamando pidiendo paso, lo que hace patente la paulatina degradación del fenómeno. *Paradigma* tenía mucha más categoría.

Cuando escribe, Jacinto Ros se esfuerza por dar a sus palabras el uso adecuado, y no es nada raro que, para evitar malentendidos acerca de lo que realmente quiere expresar, precise el significado de algunos términos remitiéndonos a su definición o incluso a su etimología. Por lo que hace a lo cotidiano, disfruta con el descubrimiento de nuevas palabras y en Madrid, que tiene para crearlas una reconocida solvencia, encontró la oportunidad de recolectar unas cuantas. Así, comprobó que *amiguete*, *socio* o *colega*

permitían introducir grados intermedios en la canónica y acartonada clasificación de las relaciones personales, «amics, coneguts i saludats». El castizo *menda* le ha servido en ocasiones para referirse a sí mismo cuando no quiere tomarse ni que le tomen demasiado en serio.

Una noche, a esa hora tonta de después de la cena en la que no se sabe adonde ir, entramos en un «bareto» cercano a la Puerta del Sol, posiblemente en la calle de la Aduana, o sus alrededores. No recuerdo bien del todo cómo era, pero quiero imaginarlo con un mostrador de zinc y media docena de mesas de mármol. Solo había dos clientes que mostraban signos evidentes de haber llevado su «preferencia por la liquidez», no precisamente keynesiana, más allá de lo prudente e incluso de lo temerario. Discutían entre ellos agriamente y enseguida supimos el motivo. Resulta que uno de ellos, en algún momento anterior de la disputa, había llamado al otro *botarate* y el así motejado se negaba a aceptar semejante insulto y le proponía el primero cambiarlo por uno distinto y más llevadero. «Llámame», le decía, «zopenco, imbécil, mamarracho, estúpido, lo que quieras, pero no me llames botarate». El faltón, lejos de aceptar el trueque se mostraba inflexible e insistía en lo de botarate sulfurando cada vez más al así bautizado que —necio, mentecato, zoquete, majadero— no sabía ya qué sustitutivo proponerle. La estrambótica pareja mantuvo su aborascada porfía hasta que, como era de prever, acabo entrando en un bucle sin solución de continuidad. Después de un rato, aburridos por la monotonía del sainete decidimos salirnos del mismo: haciéndonos los longuis liquidamos la dolorosa, dijimos abur y ahuecando el ala nos dimos el piro.

A raíz de aquel suceso la adjudicación del término *botarate* a quien realmente le cuadrara se convirtió para nuestro amigo en un desafío tan provocador como lo fue en su día para el profesor Sardá «la identificación de la palabra y el concepto *gilipollas* en una sola persona». El que piense que al cabo de un cierto tiempo se habría olvidado del tema es que no lo conoce bien. Cuando dos décadas después de ocurrir el acontecimiento se creó el Premio de Economía Rey Juan Carlos me llamó inmediatamente para saber mi opinión acerca de la oportunidad de crear también, en paralelo, el Premio al Botarate Económico del año y me adelantó una lista de candidatos, de los que no daré ni nombres ni pistas, y de los méritos que acreditaban para ser galardonados.

A finales de los sesenta Madrid se parecía poco al de la descripción de Cela, «un poblachón manchego, mezcla de Navalcarnero y Kansas City, lleno de subsecretarios». Abundaban más los ministrables. Umbral lo definió mejor con obvio y exacto conceptismo, «una ciudad grande, pero no una gran ciudad», tardaría años en serlo. Nuestro común amigo y sociólogo de cabecera Carlos Moya nos explicaba, con sus peculiares maneras y sus giros maxweberianos, que la Administración española se había transformado en una Administración para el Desarrollo, así, con mayúscula. Su función consistía en introducir una cierta racionalidad económica e incorporar progresivamente España al mundo occidental del mercado libre, una tarea que correspondía a los tecnócratas y en las grandes empresas públicas a los ejecutivos. Unos y otros hicieron de su presunto, imposible, apoliticismo una manera curiosa de hacer política. Josep Meliá lo ilustra perfectamente con una simple anécdota. Conversando con un director general del Ministerio de Agricultura le dijo a este que determinado asunto sobre el que estaban hablando era algo que debían decidir ellos, los políticos. El director general le cortó secamente: «Perdone, usted... Yo no soy político; soy ingeniero agrónomo».

Según propia y repetida confesión, Jacinto Ros ha caído aplicadamente en el vicio recomendado por su tocayo Benavente: escuchar en los cafés. Doy fe de ello y también de que en su travesía madrileña esa curiosidad por saber lo que decía la gente para entender así lo que pasaba en el país la desplegó igualmente, cuando las ocasiones lo permitían, en los estancos, en las peluquerías y en las paradas del autobús. En fin, en todos aquellos sitios donde se hablaba con desenfado y en los que se podía entablar una breve charleta. Recogiendo y analizando esas impresiones, elaboraba sus propios indicadores adelantados de la coyuntura y sus particulares índices de confianza del consumidor. No obstante, de esos sondeos de opinión exceptuaba, a pesar de su locuacidad, la de dos gremios: taxistas y serenos, con los que se mostraba sin disimulo evasivo y no muy amigable. Creía que la mayor parte de los primeros eran unos franquistas irreparables, el último eslabón de la herrumbrosa cadena del «agitprop» y que los serenos, antes que «procurar la paz del vecindario y la seguridad del comercio», actuaban como «confidentes de la policía política delatando a los vecinos sospechosos de rojos».

Para Jacinto Ros lo opuesto al economista «de calle», tal como él mismo se autodefinía, era el economista «abstracto, en torre de marfil», al que también se le podría llamar «de salón», pues al igual que los diestros así denominados solo practican su arte, exento de riesgo, ante el reducidísimo grupo de adeptos capaz de entenderlo.

Hay que reconocer que por aquel entonces los economistas generalistas veían en la economía matemática, concretamente en la econometría, una herramienta científica formidable. Así en el editorial de *Información Comercial Española* (ICE) de noviembre de 1969 puede leerse que dicha disciplina «no sólo sirve para contrastar los modelos o hipótesis que pretenden domeñar [*sic*] la realidad sino que es básica para el progreso de la Economía misma, en cuanto que, manejando un lenguaje distinto del verbal, puede efectuar relaciones y deducciones imposibles de conseguir con los razonamientos convencionales».

Lamentablemente, esta «rama interdisciplinar de la economía» parece que ha marchado por derroteros muy distintos a los previstos y que ha acabado en las antípodas del lugar donde se la esperaba. Toco de oído, pero, al parecer, son muchos los economistas de talla que piensan, como Paul Romer, del que resumo aquí lo poco que le he leído en Internet, que el uso excesivo de la modelización matemática se está demostrando inútil para el manejo de la economía real porque establece suposiciones e hipótesis sin ninguna referencia empírica. Por otra parte, la «matematitis» lejos de aclarar el razonamiento sirve más bien para ocultarlo y «disfrazar la inconsistencia teórica y lógica de sus investigaciones». Justo lo contrario de lo que pronosticaba con entusiasmo el editoralista de ICE.

En el año de gracia de 1968, Raimon dio un recital histórico en el campus de la Ciudad Universitaria. Miles y miles de estudiantes pudieron decir quiénes eran coreando a voz en grito el «Diguem no». Nosotros dos acudimos a otro concierto bien distinto del que no quedará memoria en ninguna crónica, el de Antonio Machín en un humilde local del barrio de Usera. Se anunciaba como la gira de despedida de su público, pero afortunadamente no fue tal ya que la repitió en muchas otras ocasiones durante bastantes años. Pues bien, nos plantamos allí, y aplaudimos con ganas al «más cubano de los españoles y al más español de los cubanos». Alejo Carpentier —sí, sí el autor de *El*

*siglo de las luces*— dijo que era un «cantante de repertorio diverso» con una «voz grata de varias sonoridades», para nosotros era eso y mucho más: el intérprete imprescindible en la banda sonora de aquel período de la historia sentimental de España que tan bien nos supo describir Vázquez Montalbán.

Aparentemente, en el país nada cambiaba, pero casi todo empezaba a moverse y, en algunos casos, a agitarse. El fin de año fue tan convulso que, al principio del siguiente, el Gobierno decretó el estado de excepción en todo el territorio nacional. «¡Por fin» —dijo un pez gordo, de cuyo nombre no me acuerdo— «volvemos a la normalidad!»

Que duda cabe que para Ros, Madrid sólo fué una estación con parada y fonda en un trayecto de ida y vuelta. Nunca se marchó del todo de Barcelona y, si se piensa bien, era imposible que lo hiciera. Se veía venir, regresaría a ella tan pronto tuviera la oportunidad de hacerlo y esta no tardo mucho en presentarse. En los años inmediatamente siguientes nos vimos a menudo pues sus ocupaciones y tareas —entre otras la preparación de las oposiciones a cátedra— le obligaron a efectuar frecuentes estancias en la capital, algunas bastante prolongadas. A la larga, al desaparecer las razones que las motivaban, estas visitas se fueron espaciando, pero en la misma medida en que lo hacían aumentó un poco nuestra comunicación epistolar y un mucho la telefónica. De esta forma, hemos podido mantener desde hace más de cincuenta años hasta el día de hoy —se dice pronto, durante más de medio siglo— una relación personal constante y fluida.

Nuestras conversaciones, digamos serias, han girado normalmente en torno a acontecimientos económicos y políticos y muy poco sobre cuestiones relacionadas con nuestros respectivos trabajos. No obstante, de lo que sí me he dado cuenta puntualmente ha sido de la sucesiva y copiosa producción de libros que, sin darse tregua, ha perpetrado con regularidad y que sin duda estará apunto redondear propinándonos algún otro. Hubo, no obstante, una excepción a esa no escrita norma libresca. Una mañana comprando la prensa en el kiosco habitual descubrí *¿Qué fue la economía franquista?* (1977), publicado en aquella estupenda colección de pequeños grandes libros editados por La Gaya Ciencia y que tanto recuerdan los míticos «¿Qué sais-je?» de Presses Universitaires. Es el único libro del que no me informó mientras lo escribía. A mí me pareció, a pesar de su brevedad, muy destacable por su radical y hasta cabreado ajuste de

cuentas con el Régimen, para el que propone una sentencia absolutamente condenatoria.

Igualmente recuerdo que en uno de aquellos remotos «despachos telefónicos» hablamos largo y tendido sobre la habilidad de algunos economistas al servicio de la Administración para obligar a las estadísticas a hacer las declaraciones técnicas que convenían al político. La práctica, en la jerga de los servicios de estudios, se conocía como la confección de un «sube-baja». Por supuesto, los datos utilizados eran los que eran, pero se presentaban de tal forma —medias móviles, series desestacionalizadas, etc.— que el valor de cada variable examinada siempre aumentaba o disminuía según conviniera que hiciera una cosa u otra. Tardó poco en escribir un artículo sobre este tema en el que, con su particular sentido del humor, se refería a aquellos economistas siempre dispuestos a sazonar, cocinar y servir el cuadro, *la tauleta*, que se les pidiera. Al gusto del consumidor.

No creo cometer ninguna indiscreción si desvelo que, especialmente en los meses de verano, nuestros telefonemas acaban igual que los telediarios: hablando del tiempo. En sus *Pàgines viscudes...* cuenta el agobio que le ocasionó ir andando al Ministerio de Asuntos Exteriores una tarde abrasadora del mes de julio y el que le produjo el trasladarse al INE, también a pie, en plena canícula. Las experiencias debieron ser terribles, y hasta traumáticas, pues le sigue preocupando la temperatura que en determinadas épocas marcan los termómetros madrileños en ciertas calles y a ciertas horas. Después de debatir el asunto durante años parece que, finalmente, hemos llegado a un acuerdo: el punto más inflamado de la ciudad y también el más gélido es la Red de San Luis, cerca de la plaza del Callao, un lugar donde en verano se puede sofocar un beduino y que en invierno soporta un biruji serrano que, según los castizos, acatarra al embajador de Siberia cuando se atreve a pasar por allí.

Un buen día, Jacinto Ros me dio la noticia, totalmente inesperada, de que había pedido la excedencia en la Universidad de Barcelona y aceptado el cargo de consejero en la Sindicatura de Comptes de Catalunya. Aseguraba Eugeni d'Ors, o *Xenius*, que tanto da, que «lo peor de los catedráticos no es el sistema, ni las ideas, ni el temperamento, es la Tarima». Al parecer el escritor oscurecía sus escritos para hacerlos más profundos, pero aquí se entiende

bien que lo que quiere decir, sin decirlo del todo, es que la altura de la tarima —metáfora de la relación entre el profesor y sus alumnos— no debe ser tan exagerada que haga a aquel inaccesible ni tan baja que lo sitúe al mismo nivel de estos. «Nunca poco, jamás demasiado» era el lema de los clásicos. Desde luego, a Jacinto Ros no se le podrá acusar de presunción o de soberbia. No puede tenerla alguien que dice de sí mismo que siempre ha tenido una valoración más bien limitada de su ego y de sus productos y que es capaz de confesar paladinamente que asistió a un seminario de Karl Popper del que salió *in albis*. Por cierto, a Juan Marsé (*Las mujeres de Juanito Marés*, 1997) le pasó algo muy parecido cuando Espriu le «leía sin reposo el manuscrito de *La pell de brau*»; con igual franqueza nos dice que no entendió nada.

Una de las causas de aquella excedencia fue, además de un relativo «cansancio docente», la difícil relación con el alumnado. Ciertamente a muchos jóvenes se «les sube la juventud a la cabeza» y esa embriaguez les lleva a «criterios y conductas» tan insolentes como intolerables, «havia d'emprar quasi la meitat del temps de classe per mantenir l'ordre amb pocs resultats». No hace falta que añada nada más. Como no está en su carácter el tratar de reponer la *auctoritas* acudiendo a la *potestas*, optó por dar los dos pasos sucesivos que resuelven esas situaciones: hasta aquí hemos llegado, ahí os quedáis. Estoy completamente de acuerdo con Fernando Savater, en cuestión de falta de respeto a las personas y a las instituciones que representan «un poco de intransigencia es señal de salud mental».

Desde los remotos tiempos de la Transición un compacto grupo de amigos, la vieja guardia del Crédito Oficial, celebramos un almuerzo semanal en algún restaurante —nuestra lista es pequeña— con pocas pretensiones, buen trato, cocina aceptable y precio módico. Naturalmente, hablamos de todo, sin ponernos casi nunca de acuerdo en nada, salvo en una cosa: no podemos disolver nuestro alborotado gallinero y levantarnos de la mesa hasta haber decidido el lugar de encuentro para la comida de la semana siguiente. Uno de los asistentes más veterano a estos ágapes es Manuel Iglesias, que con sus envidiables setenta años recién cumplidos es también el miembro más joven y activo de nuestro «frente de senectudes». Entre otras cosas ha sido director de Auditoría, en el Banco de Crédito Agrícola y en Argentaria, profesor en el Instituto de Estudios Bursátiles (IEB) y, mientras ejercía su empleo de contador del Estado, alumno del catedrático Ros Hombravella en uno de los cursos de doctorado que este impartió en la Universidad Autónoma. Cuando



hace unos días le comenté que estaba escribiendo este papel me envió un *whatsapp* en el que rememorando el episodio me decía cosas como estas: «Recuerdo con verdadero placer las sesiones de aquel curso de Política Económica de España 1939-1957, me enseñaron a pensar y a no dar nada por sabido sin investigarlo» y, proseguía, enjuiciando al cátedro, para mí su calidad humana quedó reflejada en las cartas de presentación que me hizo Rojo, solo por haber sido alumno suyo». Supongo que para Jacinto Ros el saber, cuando lo sepa, que se le recuerda así será una satisfacción que le ayudará a pasar la goma de borrar del olvido sobre algunas decepciones.

Mientras fue posible, siempre que ha pasado por Madrid, Jacinto Ros ha procurado tener un encuentro amical con Andrés García de la Riva y Manel Esteve en el que yo actuaba, generalmente, de enlace y de cuarto en concordia. Del que más me acuerdo, porque fue el postrero, es el que tuvimos en 2011 con motivo de la presentación de su antepenúltimo libro, el que se refiere a la discutible utilidad de la ciencia económica. Finalizada su exposición se abrió el tradicional coloquio en el que Manel Esteve lanzó la pregunta más irreverente. Medio en broma, medio en serio, vino a decir que las escuelas de negocios habían conformado el pensamiento económico dominante y que, consecuentemente, habían contraído una grave responsabilidad en todo lo concerniente a la crisis financiera; posiblemente la cebaron, no la vieron venir, no supieron qué hacer cuando llegó y, para colmo, seguían sin saberlo. Siendo esto así, ¿no sería acertado el clausurarlas?, concluía con sorna. Sinceramente, no sé cuál fue la respuesta completa, pero tengo la seguridad de que una de las reflexiones incluidas en ella fue que nuestra forma tradicional, generacional, o como quiera decirse, de entender la economía tenía poco que ver con la de la mayoría de los nuevos egresados, no solo de aquellas escuelas, sino también de las facultades universitarias privadas o públicas.

Su diagnóstico sobre la economía académica contemporánea es cualquier cosa menos complaciente. Al parecer, el desdén por la metodología ha ido en aumento hasta el extremo de haber quedado prácticamente excluida de los planes de estudio, algo que, previsiblemente, tarde o temprano, acabaría por suceder. En un brillante prólogo a *El método de la economía política y de la política económica* (1961) de Di Fenizio, Pedro Martínez, ya nos avisaba de que a esa disciplina se la había relegado al rango de especulación poco menos que secundaria, innecesaria «para afrontar los problemas de la política

económica y aún los del análisis económico». Había para ello una poderosa, aunque inconfesable razón, la disciplina metodológica representa para el economista una engorrosa autoexigencia en lo que se refiere al rigor de su trabajo científico y una «inevitable crítica de mucha labor de investigación superficial». El recelo tecnocrático al saber humanístico tampoco viene de nuevas. En un discurso pronunciado en 1924 Unamuno explicaba que, paseando con Flores de Lemus, «el hombre que pasa en España por el técnico más profundo en cuestión de Hacienda y Economía», este le decía que el modo de preparar a los chicos para las cosas que parecen más técnicas era «enseñarles junto al cálculo diferencial e integral a los clásicos griegos y latinos». Y es verdad, convenía Don Miguel, porque «muchos de los que se llaman técnicos suelen ser deplorables en sus tecnicismos, son gentes que no han pasado por estudios hondamente universitarios, por estudios que se completan unos a otros». Si hablaba así de los que profesan en el campo de las ciencias puras es fácil adivinar lo que hubiera dicho de los que lo hacen en el de las ciencias sociales, más concretamente en el de la economía, mucho más obligados que aquellos a preocuparse «del principio primero de las cosas y del fin último de ellas».

Jacinto Ros se ha alineado sin reservas en la congregación de los economistas que critican desencantados los desafueros de esa economía, la que, según Eichner, construye modelos teóricos que no tienden a la explicación de los fenómenos observables ni está claro que el explicarlos sea la finalidad que se persigue cuando se formulan. De ser así, se estaría construyendo una ciencia económica narcisista, enamorada de sus «hermosos modelos matemáticos», ensimismada y, en consecuencia, inútil. Nada más opuesto al papel que reclama para esa ciencia en su *Economía*.

Aseguraba el profesor Mairena, al que acudo de nuevo, que esa forma de conducirse carece de sentido ya que la lógica no consiste en poner el pensamiento de acuerdo consigo mismo, «sino en contacto y en relación con todo lo demás». El buen uso de la inteligencia obliga a esta a «servir para algo, aplicarse a algo, aprovechar a alguien». Remando en la misma dirección, Jacinto Ros demanda, con cierto enfado, que la economía sea realista si, de verdad, admite que su finalidad última es la de contribuir a la mejora social y que los economistas que asuman que el objeto de su disciplina es el de procurar el progreso de la sociedad opten, si es que quieren ser coherentes, por una economía realista. Todo lo que no sea esto será «pura diletancia

apoyada en una ideología reaccionaria». No puede decir otra cosa alguien que «entiende la economía como el componente más desarrollado del conocimiento científico sobre la sociedad que ha de servir, sobre todo, como guía racional para su transformación» Hasta ahora se mantiene en sus trece, si bien reconociendo que a muchos de sus colegas aquella dimensión, la de la mejora social, los deja absolutamente fríos. Expresado de otra forma es lo mismo que pensaba y decía en el Madrid del sesenta y ocho, al que volvemos por última vez.

En el mes de abril de dicho año, Luis Fina publicó en la revista *El Ciervo* un artículo en el que bajo el título «¿Para qué sirven los economistas?» se presentaban y comentaban las respuestas que daban a ese asunto un pequeño grupo de ellos, dedicados a la «economía general». La cuestión la había suscitado el hecho de que la gente se hacía esta pregunta por el desencanto que le produjo, tras unos años de milagro económico, la devaluación de la peseta, decidida a finales del ejercicio anterior y el severo programa de austeridad que trajo consigo. Planteado el cuestionario, Jacinto Ros presentó las respuestas, en las que yo aparezco también como firmante a pesar de que lo único que hice fue poco más que mostrarme de acuerdo con todo lo que él había escrito. Empezaba por señalar que en nuestro país no existía un «conocimiento colectivo» acerca de la función del economista en los mismos términos en que se sabía, pongamos por caso, cual era la de los médicos o los ingenieros. Y lo demostraba, muy a su manera, acudiendo a la guía «fiable y completa» de las Páginas Amarillas que editaba la Compañía Telefónica. En ella, en el completísimo listado de «epígrafes profesionales» aparecían «callistas-pedicuros, peritos calígrafos, taxidermistas, profesoras de belleza o habilitados de clases pasivas» pero, así era, el de economistas no constaba en ninguna parte. En cualquier caso, para él y es lo que aquí quiero destacar - fuera cual fuera el conocimiento público que se tuviera sobre el trabajo de esos técnicos - los economistas son siempre, quiéranlo o no, tanto si lo disimulan como si lo proclaman, técnicos comprometidos pues con sus valoraciones y sus propuestas, o su falta de ellas, se ven implicados «en las posiciones ideológicas en juego dentro del cuerpo social».

Él se declara un convencido socialdemócrata de toda la vida que ni ha cambiado ni tiene ganas de cambiar de color ideológico, pero al que tampoco se le caen los anillos por replegarse a posiciones más socioliberales. Una postura que refleja la búsqueda de asideros solventes por parte del

pensamiento progresista ante el modelo económico-financiero que está imponiendo «la globalización sin gobernanza». Lo explicaba muy bien Joaquín Estefanía en un artículo que publicó hace unos meses en el diario *El País*, cuya fecha no he retenido, «ya no se puede ser comunista, liberal, socialdemócrata a secas», sino que hay que tomar partes de cada una de aquellas doctrinas y conformar un «pensamiento mestizo» puesto que la izquierda es la antítesis del pensamiento único. Qué duda cabe de que «nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos», sin embargo creo que, a pesar de todo, hay algunos que se siguen pareciendo bastante a lo que fueron y aún son perfectamente reconocibles. El mexicano José Emilio Pacheco escribió un poema desolador, «Antiguos alumnos se reúnen», con solo dos versos: «Ya somos todo aquello / contra lo que luchamos a los veinte años». No sé contra qué luchaba Jacinto Ros a esa edad —aunque algo dice su encierro en el Paraninfo en 1957, pero sí sé lo que combatía y lo que defendía a los treinta. Y la verdad es que veo una apreciable continuidad entre sus ideas de entonces y las que ahora mantiene, aun cuando algunas de sus creencias, asunto suyo, hayan cambiado. En cualquier caso —a estas alturas ya habrá quedado claro— para mí lo verdaderamente notable es que siendo amigos tan añejos, a despecho del tiempo y de nuestros avatares y circunstancias, lo sigamos siendo.